

ra las manos de los relojes de sobremesa ó péndolas que dan horas por sí, y aun esto se ha de hacer con suma precaución, especialmente cuando se siente una fuerte resistencia causada por las piezas que corresponden á la cuadratura: no se debe tampoco hacer volver atrás la mano de los minutos cuando está puesta cerca de veintiocho ó cincuenta y cinco minutos, esto es, cuando la hora está cerca de dar, porque si en este momento se quiere atrasar el minuterero dará la hora, y cuando el minuterero llegue otra vez al mismo punto, dará la media en lugar de la hora, y entonces volverá también á dar la campana, de modo que ésta irá por un lado y el minuterero por otro.

Cuando esto sucede, es preciso volver el minuterero hasta ponerlo cerca de dos ó cinco minutos antes de la hora ó de la media, yendo poco á poco, esto es, á los veintiocho ó cincuenta y cinco minutos; hágase entonces retrogradar el minuterero hasta que la campana suene; después hágase adelantar el mismo minuterero, y volverá á sonar la campana, y entonces la hora dará á su tiempo, y la media al suyo; y sólo restará ya arreglarlo á la hora y minutos que sean.

Cuando las horas que da la campana no corresponden con las que señalan las manos, esto es, cuando toca las doce y las manos señalan la una, es menester volver la mano de minutos hasta que en la péndola sea la

hora; así también debe entenderse de algunos relojes chicos que dan la hora por sí, haciendo con ellos la misma observación y ejecución.

Si es un reloj de pared ó de repisa, es menester colocarlo de modo que poniendo la lenteja en movimiento, las vibraciones ó golpes sean perfectamente iguales, pues de su movimiento depende el andar arreglado; y aunque para nivelar esta situación perfectamente se pudieran dar algunas reglas, lo más seguro es, para ahorrarse de molestias, acudir al relojero, que á poca costa lo hará.

951

Jardín botánico.

Muchos amantes de la naturaleza gustan reunir en sus jardines plantas de diversos climas; todas estas riquezas esparcidas, cuando se hallan juntas, no solamente presentan una hermosa vista sino que también procuran la satisfacción más deliciosa al reflexionar en la utilidad que proporcionan muchas de ellas á la medicina, al tinte, á las artes, á nuestro alimento y al adorno de nuestras habitaciones. Poco es lo que nos han dicho los maestros del arte de jardinería sobre el cultivo de los vegetales: enseñan el modo de cultivar las legumbres y las flores más comunes, á multiplicarlas, á hacerlas

mayores y que crezcan más pronto: pero como estos mismos maestros no han recibido las lecciones que dan, y sólo se conducen por una práctica destituida de las luces de la física, sus conocimientos no son suficientes para gobernar ó dirigir bien un jardín botánico.

El gran arte de cultivar las plantas en los jardines botánicos consiste en imitar la naturaleza y procurar á cada planta las ventajas del clima en que naturalmente se produce. Cuando se trasplanta un vegetal, es menester estudiarlo en su estado natural para proporcionarle por medio del arte un clima artificial que le dé lo que le niega la naturaleza en un clima extraño, procurándole tierra, calor, aire, calidad y cantidad de agua, ventajas todas análogas á las que gozaba en su clima natal, pues estos son los principios de quienes la planta recibe la vida.

Las observaciones siguientes darán una idea agradable de los fenómenos de la vegetación.

Las diversas especies de tierra se pueden comprender en las seis siguientes: la tierra negra formada por la putrefacción de los vegetales, pero muy ligera; la limosa, formada también de los desperdicios de los vegetales, pero que es más compacta; estas son las más propias para la vegetación; la arenosa, en que crecen algunas plantas; la tierra blanca; la de las lagunas ó pantanos im-

pregnada de una sal muy acre para los vegetales, y la gredosa, que aunque muy rígida, conviene también á algunas plantas.

El aire, que es el segundo elemento, difiere según los climas, como en las montañas, en los valles y en los llanos. El aire y la luz, son tan necesarios para la vegetación, que se ven las plantas cultivadas en estufas, en invernáculos, ó en alguna habitación, inclinarse ó dirigirse hacia las ventanas: estas plantas que se crían así, salen más menudas y más delgadas, y antes de exponerlas al aire libre es necesario acostumbrarlas poco á poco, porque algunas veces la mutación súbita las hace perecer: nada prueba mejor los diferentes efectos que produce el aire en los vegetales que las diversas horas del día en que ciertas plantas florecen. Se podría tal vez, por observaciones continuadas, procurarse en un jardín varias especies de meridianos de flores.

Se ven crecer en las más altas montañas del Mediodía, en medio de las nieves, las mismas plantas que en los países fríos, lo que prueba que dichas plantas se producen en los mismos temperamentos, aunque bajo zonas absolutamente diferentes. Turnefort halló en el monte Ararat, á medida que lo subía, plantas que se dan en Armenia, en Suiza, en Suecia, y en la Laponia.

En las Antillas, en Surinam y en Egipto, las plantas sufren una lluvia de seis meses,

y después se pasan sin ella otro tanto tiempo. Las que crecen en las rocas, en donde el agua no puede parar, piden poca humedad, y se pudren cuando se las humedece más de lo que piden sus necesidades: se debe, pues, observar cuando se trasplantan estos vegetales, alimentarlos con una cantidad de agua semejante á la que les daba la naturaleza.

El calor es el que hace subir á las varas de las plantas, la humedad que chupan las raíces; pero todas no exigen el mismo grado de calor, ni durante el mismo tiempo.

Resulta de estas observaciones que en un jardín botánico debe haber tres invernáculos ó estufas diferentes; el calor de la primera se destina á las plantas de la zona tórrida, y debe ser de cincuenta y seis á setenta grados del termómetro de Ferenheit; debe hacerse con bastantes capas de estiércol: en él se pueden poner las plantas de América, tales como las del Brasil, Perú, Jamaica, Martinica, Buenos-Aires, Curazao, de Egipto, Arabia, etc.

La segunda estufa debe destinarse para las plantas de la zona templada, cerca de la tórrida, y sólo piden un calor de treinta y cinco á cuarenta grados del termómetro que hemos dicho: en esta estufa se deben poner las plantas de Italia, de Berberia, de Grecia, del Cabo de Buena Esperanza, de la Virginia austral, del Japón y de la China Meridional.

La tercera estufa debe servir para conservar las plantas de la zona templada septentrional; ésta no necesita de calor, y sólo sirve para libertar las plantas de las fuertes heladas.

Por medio de estas observaciones llegó Lúneo á hacer florecer en invernáculos, el plátano, la planta más hermosa que hay en la naturaleza y que en los jardines de Holanda, hacía más de cien años que no habian podido conseguir floreciese. Lúneo observó que en los países donde originariamente se produce el plátano, son de buena y fuerte tierra, que en ellas ordinariamente llueve por seis meses consecutivos, y que en los otros seis meses del año casi no llueve, y aun algunas veces absolutamente nada, que, en fin, esta planta comienza á florecer cuando recibe la lluvia después de una gran sequedad; él procuró, pues, imitar á la naturaleza, y en el otoño del año de 1735 puso esta planta con buena tierra, en la estufa del jardín; la dejó mucho tiempo sin regar, luego le echó agua en grande abundancia, cuidó mantener en la estufa un calor semejante al que reina en aquellos climas; y finalmente, tuvo el gusto de ver que esta hermosa planta floreció y dió fruto al principio del año. Conforme á estos mismos cuidados, obtuvieron el propio agradable resultado los años siguientes en Leiden, en Holanda y en Inglaterra.

Este experimento puede dar motivo á otros; y prueba que cuando personas de talento examinan las precauciones que exige cada planta en particular, se las procurarán dar por una imitación prudente, y sus cuidados nunca quedarán sin recompensa, pues las leyes físicas demuestran que éstos son los verdaderos principios de la agricultura.

Se debe observar que las plantas que se trasportan de una parte á otra cuando los climas no son de una temperatura absolutamente opuesta, se naturalizan en ellos poco á poco; por ejemplo, las de los países meridionales llevadas á Suecia, el primer año maduran más tarde, y más connaturalizadas, crecen más pronto al año siguiente: también se podrá experimentar el llevar una planta de un clima á otro opuesto, haciéndola pasar por diversos climas de una temperatura media para darle tiempo á naturalizarse por grados, y de este modo tal vez, se podrían llegar á cultivar en nuestros climas meridionales los árboles más útiles de Europa y del mismo modo los de América en aquellos países.

No basta dar á las plantas el calor que les es necesario, sino que también es menester atender al tiempo en que deben florecer. Lúneo dice: "cuando tenemos el invierno en nuestro país, es el estío en el Cabo de Buena-Esperanza, donde es invierno, cuando nosotros tenemos el estío; la planta llamada *Ananias Africanus*, aunque se

"plante en la primavera ó en el otoño, jamás florece, ni más tarde ni más temprano que hacia Navidad, el mejor tiempo del país de su nacimiento: se ha notado que esta misma planta al cabo de más de cincuenta años que está en nuestros países, no ha mudado de esta costumbre, y se ve que lo mismo sucede á la mayor parte de las que se traen de aquel país."

952

Tener flores en todos tiempos.

La vista de las flores, es un espectáculo tan agradable que siempre recibimos con gusto todos los medios que se dirigen á hacérnoslas disfrutar, particularmente en el invierno; los siguientes métodos parecen los mejores.

Para tener en una habitación flores de todas especies, aunque sea en el invierno más riguroso, se pondrán las plantas en tiestos que puedan colocarse sobre las chimeneas, cómodas, rinconeras etc., á los cuales se les puede dar la forma que se juzgue á propósito según la situación que se quiera que ocupen.

El modo de cultivar estos jardines artificiales, que los franceses llama *parterres artificios*, consiste en preparar bien la tierra de los tiestos ó jarrones; éstos tendrán en el centro una división que debe ocupar un vaso cilín-

drico de hoja de lata, con un cañoncito en la parte inferior que salga fuera: el uso de esta vasija consiste en llenarla por mañana y tarde de agua caliente, hirviendo ó templada, para imitar en lo posible la acción del sol, comunicando calor á la tierra de las plantas que deben estar plantadas á su redor: y por este medio resulta que á pesar del invierno más riguroso, producen casi á un mismo tiempo las flores, teniendo cuidado de regarlas como se hace ordinariamente con todas.

En cuanto á lo demás, sin entrar en la discusión de este método, la naturaleza misma nos indica el modo de tener flores durante el invierno. Se ha notado que un jazmín, cuyas primeras hojas se habían helado en la primavera, ha vuelto á echar nuevas al fin del otoño, y dado flores durante el invierno; por lo tanto, para retardar la florescencia no se necesita más que cortar los primeros botones y trasplantar los pies de las plantas.

Para tener en invierno flores naturales, y que se abran el día que se quiera, se deben escoger en su pie los botones de las últimas flores, se cortarán con tijeras, observando si es posible, el dejarles una cola de tres dedos de largo: se cubrirá el lugar cortado con lacre, y después de dejar secar los botones, se envolverá cada uno aparte en un pedazo de papel bien seco, y se pondrán en una caja

en un lugar igualmente seco, en donde se conservarán sin echarse á perder.

En cualquier tiempo de invierno que se quiera hacer que se abran, después de cortarles la punta en donde está el lacre, se pondrá á humedecer en agua, en la cual se haya disuelto un poco de nitro ó de sal; y según dicen, entonces es maravilloso ver abrirse los botones con todos sus colores y perfumes agradables.

De cualquier modo que sea, aunque no se ha experimentado el éxito de este secreto, lo cierto es, que las que venden flores en París luego que las cogen, acostumbran torcer la extremidad de la vara de la flor y quemarla á la llama de una vela, y cuando quieren hacerlas abrir las ponen en agua, cortando la parte torcida y quemada.

De varios medios indicados para tener flores durante el invierno, los que se siguen son fáciles de probar.

Se siembra la semilla de las flores á fines de Setiembre; ó si son flores de cebollas, se plantan; se ponen los tiestos ó jarrones en una cocina ó en un lugar templado; se riegan todos los días con agua, en la cual se hace disolver un poco de sal amoniaco, y se tendrá el gusto de ver florecer estas plantas por Navidad.

Si se quiere tener alelíes durante el invierno, se escogen los pies de esta planta, cuyos botones comiencen á salir á fines de otoño;

se ponen en un cuarto templado y florecerán durante el invierno: si son alelíes de dos años, se trasplantarán en otros tiestos á fines de Agosto; por este medio se retarda su vegetación, y se consigue el gusto de gozar de estas flores en el rigor del invierno.

Para tener rosas en el otoño, es menester en la primavera no dejar abrir las rosas sobre su pie, sino cortarlas, descargar el rosal de una parte de sus hojas, y se tendrá en el otoño una gran cantidad de botones. Cuando no se quiera esperar á que éstos abran, se pueden cortar y magullarlos suavemente entre los dedos, y á la mañana siguiente estarán bien abiertos: estos son los medios que emplean los jardineros floristas de las cercanías de París.

Para conservar en cuevas pies de alelíes durante el invierno, es preciso descargarlos de la mayor parte de sus hojas, guardarlos sin humedad y sin ponerlos en tiestos con tierra, y colgarlos ó ponerlos en tablas para que no tengan tanta humedad; abrir la cueva en tiempos serenos para renovar el aire, regarlos muy poco y que no toque el aire á las varas sino solamente á las raíces.



Conseguir flores de varios colores.

So obtienen ordinariamente variedades de flores sembrando juntas en un mismo terreno semillas de diversas flores: hay motivo de pensar que esta variedad de colores es ocasionada por el polvo de las flores de diversos colores que mutuamente se fecunda.

Para obtener colores constantes y como se quiera, pero sujetos á las leyes de la naturaleza de la mezcla de los colores, se harán las experiencias siguientes: se hacen florecer juntas en un lugar, apartando flores simples de la misma especie, pero de colores diferentes: esto es, unas rojas y otras amarillas y sembrar las semillas que resulten de estas flores; las plantas que saldrán luego deberán producir flores encarnadas, amarillas y naranjadas, pues el color naranjado es producido del amarillo y del rojo, y también se hallarán algunas salpicadas de naranjado y rojo.

Para hacer esta experiencia con más exactitud, se debe procurar que las plantas florezcan á un mismo tiempo y en unos mismos días, cortando las flores de la planta que produzcan más pronto que las otras: estas experiencias se pueden hacer en los ranúnculos, clavellinas y otras flores. Se debe observar que esta fecundación se hace mezclando sim-

plemente juntas las semillas de las flores de una misma especie con semillas de colores primitivos, tales como el encarnado, el blanco, el naranjado, el amarillo y el violeta en una parte, y en otra el azul, violeta, carmesí, blanco y pardo, y se tendrán colores más ó menos claros y subidos. Si se quieren tener ranúnculos de color de azufre, se plantarán en un tiesto ranúnculos amarillos y blancos, y saldrán las flores de color de azufre ó ribeteadas de blanco. Se obtendrán también estas flores de color de aurora sembrando semillas de ranúnculos amarillos y rojos, y también se tendrán de diversos colores, siguiendo las leyes naturales de los colores mismos.

Se acaba de decir que el método de obtener variedades en las flores es sembrar las semillas juntas, y éstas, aunque cogidas en una misma planta, producen otras variedades de color.

Tal es el camino que presenta la naturaleza; pero hay, según dicen, un medio artificial de procurarse variedades de colores en las flores, el cual consiste en elegir una planta que produzca flores blancas; esta se colocará en un tiesto lleno de tierra buena, y se riega por la mañana y por la tarde con agua de color, y se tiene cuidado de guardarla todas las noches de la impresión del rocío que destruye el color que la planta debe adquirir por los jugos coloreados que suben á las

varas; si se ha regado la planta con agua roja de madera del Brasil ó de garancio, la flor saldrá con este color y con su color blanco natural.

Obtener flores dobles.

El número de pétalos hace las flores más pobladas y más hermosas: la casualidad ofrece plantas, cuyas flores se hacen dobles; pero hay algunas que son muy sencillas, como se ve en los alelíes: con todo, hay un modo de hacerlos dobles; para esto sólo se trata de trasplantar la planta muchas veces como en la primavera, en el otoño, en el primero y segundo año, sin dejarla florecer, y por este medio saldrán dobles las flores de alelíes simples.

El Dr. Hill publicó también un método para volver dobles las flores sencillas; es menester sembrarlas de nuevo cada otoño, y añadirles á su tierra natural un poco de tierra blanca: esta sustancia gredosa, aumenta la parte leñosa que forma los filamentos en las flores: cada planta debe ocupar tres pies de tierra en cuadro, teniéndolos limpios de toda otra planta; cortándole anualmente los retoños al instante que comiencen á florecer, y regando después todos los días ligeramente la raíz, durante un mes, con lo que se llena

el cogollo para el año siguiente, y le da una sustancia abundante que hace doblar las flores. En el diario de Verdum del mes de Julio de 1709, se dice, que se tienen flores dobles, eligiendo los granos mejores y más gordos.

Tomando estos cuidados, se han llegado á producir flores dobles á muchas plantas sencillas, y descuidándolas se han visto de año en año volverse sencillas las dobles.

955

Tener en una habitación templada jacintos y hacerlos florecer en días fijos en el invierno.

Los jacintos blancos sencillos comunmente florecen á los veintiséis días, teniéndolos en una habitación templada: los azules sencillos, á los treinta y cuatro: otras especies dobles siguen diverso camino en su crecimiento. Según estas observaciones, se ponen cebollas de jacintos en vasos ó jarrones con agua, aumentando cada ocho días otro vaso con otras cebollas sucesivamente se obtendrán flores, teniendo cuidado de añadir agua á los vasos conforme se evapora la que tengan. Si después de la florescencia se dejan secar las cebollas, y si al año siguiente se siembran, volverán á dar algunas flores: lo mismo se puede hacer con los tulipanes y junquillos.

956

Obtener de un mismo pie flores de una especie y diferentes colores.

Se toma un pedacillo de una rama de sauco, se le saca el corazón, se corta en dos á lo largo, y en esta parte se pondrán con tierra las semillas de alelíes de diversos colores, se atarán con seda las dos partes del pedazo de sauco, se pondrán en un tiesto de tierra del mismo modo que se usa para las flores: luego se tendrá cuidado de regarlo cada dos días. Estas semillas, naciendo, salen por lo largo del sauco; las varitas nuevas se unen y enredan entre sí, de suerte que presentan á la vista un solo pie, las ramas entremezclándose unas con otras, y cada grano produciendo las flores que le son propias, presenta una mezcla agradable de flores de diversos colores que parecen salir todas de un mismo tronco. Eligiendo semillas de plantas que nazcan al mismo tiempo y que tengan analogía por la consistencia de sus troncos y por el tiempo de su florescencia, formarán arbustos artificiales muy curiosos.

Se puede, siguiendo otro método, tener un pie de alelíes cargado de flores de diversos colores, pero cuyos troncos se hallen de tal modo confundidos que puedan engañar la vista más atenta; para esto se deben tomar ramas de alelíes dobles de tantos colores co-

mo se quieran ligar juntos, se cortan por abajo dejándoles la figura de pie de cabra, se levanta por un lado á cada pie la pellicula ó corteza tierna que le cubre, y se unen estos lados por la parte pelada atándolos fuertemente juntos con alguna corteza arrancada recientemente de cualquier árbol; entonces se ponen estas ramas así unidas en tubo de una vara de sauco, de suerte que sobresalgan por encima algo más de una pulgada, luego se plantan: la savia de estas ramas se une íntimamente, y luego sólo se ve un tronco con una corteza común.

También se practica este método de otro modo, tal vez preferible; éste consiste en tomar el cuello de una botella de vidrio, y sembrar sobre él las semillas, las cuales forzadas á pasar por un mismo agujero cuando crecen, se reúnen por la presión.

957

Flores y plantas en tiestos ó jarrones.

Su riego pide cuidado y precauciones, y es preciso poner conchas ó piedras pequeñas en los fondos de los tiestos y echar por encima una capa de piedra molida groseramente: si el fondo de los tiestos, en lugar de ser llano es cóncavo y que se le haya alzado de la tierra, es menester mucho cuidado para que no se estanquen las aguas con que se

riegan; si han servido mucho tiempo será bueno sacarles la tierra y revolverla con un poco de otra ligera y mezclada con arena: cuando las raíces fibrosas llenan todo el tiesto, no permiten al riego penetrar, por lo que antes de regarlo se debe herir hasta el fondo por muchas partes con un hierro puntiagudo y delgado; muchas veces conviene tener los tiestos ó jarrones enterrados para procurar á las raíces la frescura de la tierra: la frecuencia y abundancia de los riegos, se arreglarán según el tiempo, la estación, y según la más ó menos sed natural de las especies de las plantas; hay algunas, como las plantas grasas, que casi no necesitan de agua; otras, al contrario, quieren continuamente riego.

958

**Ramas de árboles frutales
que se mantendrán cubiertas de hojas
y de flores durante
los mayores fríos del invierno, en
una habitación.**

Los que han viajado por Alemania, algunas veces han visto con una sorpresa agradable en el rigor del invierno, varias habitaciones adornadas de jardines con ramas cargadas de hojas y de flores. Los alemanes, para procurarse esta agradable vista, cortan hacia mediados del otoño, de manzanos,

cerezos, perales, ciruelos, etc., las ramas más derechas y en las que notan botones de flores; con ellas forman especies de abanicos que ponen en vasos ó jarrones llenos de agua, tienen cuidado de colocarlos en un cuarto templado y de mudarles agua á lo menos cada dos días: hacia Navidad ó algunos días después, todas las ramas se cubren de hojas y de flores, cuya variedad produce el aspecto más grato. Esta decoración sería sin duda más rica hecha en vasos hermosos de forma antigua.

959

De las rosas.

La rosa es la reina de las flores; la naturaleza le ha dado tres colores, blanco, encarnado y amarillo: las hay blancas diferentes, las rojas varían desde el encarnado más subido hasta el color de rosa más debilitado; las amarillas son menos variadas, menos hermosas por su forma y sujetas á romperse: la rosa une á todas estas cualidades un perfume suave y agradable; pero algunos curiosos, no contentos con los favores que la naturaleza ha concedido á las rosas, han buscado medios para tenerlas de color de violeta aterciopelado, de un azul celeste ó de un negro lúgubre. Esta empresa se puede atribuir tal vez al capricho, á la fantasía ó

á una especie de predilección; pero sea lo que fuere el motivo, han imaginado dos medios, el uno es el injerto, el otro, es el riego con sustancias de color: el primero consiste en un experimento tan fácil, que se puede tener la satisfacción de ver si realmente se consigue. En el diario enciclopédico de 1º de Septiembre de 1773, se dice, que para conseguir rosas verdes, no es menester más que plantar una col cerca de un rosal, y cuando esta legumbre haya prendido bien, se le hace una abertura por el medio, y en ella se mete una rama del rosal, de modo que pase de una parte á otra, se ajusta exactamente la hendedura y se ata con un hilo para que el aire no se introduzca en aquella parte; cuando este injerto haya prendido bien, y que la rama del rosal haya retoñado, se corta la rama del rosal, y las rosas que luego salen de este nuevo injerto serán verdes.

También se pueden tener rosas amarillas, haciendo la misma operación con una retama en lugar de la col. Se dice haberlas visto negras, por estar injertadas en un pie de grosella negra.

El caballero Taglini en sus cartas científicas sobre los colores, enseña el medio de aumentar el color de la rosa plantando un ajo al pie del rosal; pero continuemos con los medios de dar á las rosas diversos colores regándolas con aguas cargadas de sustancias colorantes.

Para mudar el color de las rosas ú otras flores blancas en rojas, verdes, amarillas y encarnadas, es menester tomar una tierra bien grasa, hacerla secar perfectamente al sol y hacerla después polvos muy finos; se pone en un tiesto ó jarrón en donde se plantan los pies de las flores que se quieran, observando regarlo solamente con la composición siguiente: si se quieren rojas, se hace hervir en agua, madera del Brasil, cortada menudamente, hasta que ésta merme la tercera parte, y estando fría, se riega con ella la planta por tarde y mañana hasta que parezca haber prendido la raíz, y que esté fuera de peligro: después se puede regar con agua común solamente: si se quieren verdes, se hierve en agua una cantidad de verde de vejiga del mismo modo que acabamos de decir para el encarnado: para tenerlas amarillas, se hace hervir azafrán en agua, y con su decocción se riega á lo menos por quince días: finalmente, si se quieren negras, se emplea del mismo modo el agua hervida con nuez de agalla y un poco de caparrosa. Se debe observar que con estos diferentes riegos, la planta retiene parte de su color natural, y parte del color ficticio, de modo que sale de dos colores. Cuando se las quiere tener de tres colores, se riega por la mañana un lado de la planta con agua de un color, y por la tarde con otra de color diferente.

Si este método sale tan bien como se ha

anunciado en Europa en muchos papeles públicos y de crédito, ciertamente sería un descubrimiento apreciable; pero no se puede al presente hacer juicio sobre esto, sino después de haber hecho la experiencia repetidas veces; y á juzgar por analogía, se ha confirmado y reconocido que la rubia de tintoreros tomada interiormente, tiñe los huesos de los animales.

960

**Dar diversos colores á las rosas
y á otras flores.**

Se exponen las rosas al vapor de azufre inflamado que blanquea en un momento todas las puntitas de las hojas, y el color rosa que queda en la parte inferior, forma un ribete muy gracioso, y mucho más cuando se tiene cuidado de hacer la operación metiendo la rosa en un cucurucho de papel, vuelto boca abajo, para juntar más prontamente el ácido sulfúrico, sin calentar mucho la rosa; esta conserva entonces su frescura y olor.

Los vapores sulfurosos tienen, como se sabe, la propiedad de destruir los colores: si se toma una rosa encarnada común, abierta enteramente, y se expone al humo y al vapor del azufre, se volverá blanca; si luego se la pone en agua, volverá á tomar su color cinco ó seis horas después. Cuando se quiere